

LA URGENTE NECESIDAD DE ANIMACION EN LA ESCUELA
REFLEXIONES DESDE LA EXPERIENCIA “LICEO ABIERTO A LA COMUNIDAD”.

Patricia Requena Gilabert
Gestora y animadora sociocultural
Escuela de gestores y animadores culturales, Chile.

Siendo que la ASC es una disciplina de trabajo en comunidad, su aterrizaje puede ocurrir en una diversidad de espacios, territorios, circunstancias. Una de ellas, quizás la menos común es la escuela; aun suena extraño ligar la ASC a la educación formal. Sin embargo, las pocas experiencias y reflexiones que en nuestro país se han dado en cuanto a trabajar la ASC en establecimientos educacionales (escuelas y liceos), dan cuenta de que ella es una herramienta válida y efectiva para mejorar los procesos formativos de los estudiantes.

El presente escrito nace desde una de aquellas experiencias, y se alimenta además de la visión en terreno de un sistema educativo que clama por aportes multidisciplinares que le permitan respirar y crecer desde sus raíces culturales más fundamentales. Es evidente que también hay, en esta mirada, una perspectiva de la Educación que aboga por procesos formativos amplios, enriquecidos desde la humanidad, desde el paradigma de desarrollo humano, y la diversidad que permite el grupo humano que se reconoce en las escuelas, con pedagogías que exploren lo mejor de las posibilidades de nuestros niños, y donde, en definitiva calidad pasa por los logros en el crecimiento y en desarrollo de los estudiantes como personas, con identidad y camino propio.

La escuela: un espacio cultural.

Para situar y comprender este análisis, es necesario definir a la escuela como un espacio cultural, lo cual requiere asumir una concepción de Cultura diferente a lo que comúnmente se hace; esa concepción proviene de la Ilustración, y aplica la concepción de **Cultura** a las artes, la literatura, la filosofía y la ciencia. Nosotros estamos hablando de cultura como *modo de vida*, modos de vivir juntos ...y así “la **cultura** da al hombre la capacidad

de reflexionar sobre sí mismo. Es ella la que hace de nosotros seres específicamente humanos, racionales, críticos y éticamente comprometidos. A través de ella discernimos los valores y efectuamos opciones. A través de ella el hombre se expresa, toma conciencia de sí mismo, se reconoce como un proyecto inacabado, pone en cuestión sus propias realizaciones, busca incansablemente nuevas significaciones, y crea obras que lo trascienden” (1).

Si concordamos esa definición como punto de partida, veremos que la escuela, al ser un espacio donde se transmiten valores, hábitos, tipos de relación, perspectivas, etc., es un espacio cultural. Desde allí asumamos que en ese espacio conviven y se interrelacionan, conflictuándose la mayor parte de las veces, las identidades. Las personas portan raíces culturales diversas, identidades que muchas veces chocan y otras tantas se articulan dando lugar a nuevas relaciones interculturales. Toda aquello, da cuenta finalmente de que la escuela es un espacio de interculturalidad activo, visible, y que configura un contexto con condiciones especiales y delicadas para los procesos formativos que allí se acometen.

Màs allà de esta realidad particular, en cada establecimiento se desarrollan procesos culturales en contextos muy diferenciados; su cultura material, los lenguajes (códigos), las normas, los sistemas simbólicos y valores, son elementos que permiten visualizar las diferencias culturales que se dan en las escuelas, diferencias mas o menos marcadas según sean el tipo de culturas que se desarrollan en su seno.

A partir de esta perspectiva e intentando caracterizar el sistema educativo formal, vemos que en gran medida se ha perneado de una fuerte cultura escolar, impuesta a través de reglas y de un “deber ser” que emana desde la institucionalidad formal en los distintos niveles (del sistema). Se imponen reglamentos, curriculums, políticas, procedimientos, etc., que han ido restando autonomía y libertad real a la escuela, la que va perdiendo la posibilidad real de desarrollar una tarea educativa pertinente a su realidad cultural.

Esto lo vemos mas claro si nos damos cuenta como es que los estudiantes de cualquier escuela o liceo, llegan a la escuela portando muy diversas culturas (barriales, comunitarias,

de clase social, con intereses e improntas que se despliegan en una gran gama), características que no son validadas ni vistas por los otros actores de la escuela. Es más, en muchos casos, los dispositivos de la cultura escolar son tan dominantes y fuertes que transforman en transgresión algunas características básicas de los niños o los jóvenes (como es su vestuario, su lengua u otras características culturales fundamentales). Qué decir si las diferencias que se presentan en la escuela corresponden a características étnicas, raciales.

La función educativa de la animación sociocultural.

En este espacio, la escuela, la principal función socialmente definida es la entrega y la transmisión de los contenidos culturales definidos por un determinado currículo. Junto a esta función esencial, en nuestra sociedad se dan una serie de fenómenos sociales, culturales y comunitarios que le exigen a esta institución (y a este espacio), una serie de tareas que completan, en teoría, la tarea educativa de la que son responsables. En el seno de una sociedad con graves niveles de desigualdad social, de exclusión y marginalidad, es difícil percibir en el cotidiano, los principios de respeto y convivencia social, de justicia y solidaridad. Entonces así, es necesario que la tarea de la escuela sea vista y realizada en todas sus reales dimensiones: la de desarrollo individual, la de afirmación de las identidades culturales y la vivencia de lo colectivo (comunitario, barrial, local.) (2) En este camino es donde la animación socio cultural cumple un papel que ninguna otra metodología y tipo de intervención puede cumplir, ya que en general lo que se trabaja en la escuela, es lo prescrito por la normativa, además de iniciativas parciales, puntuales y de corto alcance.

Decimos aquello porque si queremos al menos desarrollar una apuesta integradora, inclusiva y democrática en la escuela, el desafío es integrar a los individuos y colectividades de cada comunidad, en procesos de reinención a identificación social.

En esta perspectiva, la animación sociocultural apuesta por la participación y la actoría social, funciones que apuntan a una formación que apuesta y concibe a las personas como protagonistas de su crecimiento. En esa línea, la formación humana, como proceso individual y colectivo se relaciona con la(s) identidad(es) y el desarrollo de las diversas capacidades y habilidades, con la posibilidad de expresión y de aprendizajes sociales.

Evidentemente nuestra escuela no está siendo satisfaciendo esa necesidad, ni como espacio ni como sistema.

Con toda esta intencionalidad y las posibilidades que posee la ASC en la escuela, la resistencia institucional con la que se encuentra, tanto esta como cualquier otra intervención, es la primera traba que debe sortearse, y que culturalmente demuestra donde está la médula del problema educativo: la cultura escolar. Esta inunda y caracteriza nuestro sistema educativo formal. Esta cultura, ajena a los cambios y a la realidad multicultural de los espacios educativos de hoy, ajena a la expresión natural de los actores centrales de la educación como son los niños y los jóvenes, no sabe como manejar la situación de “desorden” que se vive en las aulas y los patios. Sin embargo aquello, la pregunta cultural n se la realiza y desde allí, está ciega.

Es allí, donde la ASC desde su metodología de intervención flexible, paulatina, inclusiva, cumple un papel importante, tal como intentó demostrarlo la experiencia desarrollada por el programa Liceo Abierto a la Comunidad. Este se desarrolló durante 4 años desde la División de Cultura y el Nivel de Enseñanza Media del Mineduc, desde los años 1999 al 2003. La sistematización de aquella experiencia, recoge la metodología y la logra organizar como un proceso de ASC que promueve, en cada liceo, una apertura cultural de tal forma de convertir cada sistema en una comunidad educativa integrada y abierta (a su respectiva comunidad).

El diagnostico desde el cual nace el programa, se basó en estudios e investigaciones tales como Encuestas Nacionales de Juventud y los Cabildos Juveniles realizados en los años 1999 y 2000, los que destacaron tres constataciones:

Primera: La cultura escolar intenta homogeneizar el rol de los alumnos ante lo cual se afirma que no son los jóvenes los que están presentes en el liceo sino los ‘alumnos’. Esta perspectiva se realiza, a través del discurso público en el liceo y de la falta de reconocimiento de la diversidad cultural de los jóvenes.

Segunda: Los estudiantes son objeto de desconfianza; por ello no se les abren espacios ni se crean las condiciones para que asuman responsabilidades.

Tercera: los jóvenes desarrollan diferentes estrategias de resistencia para romper con la uniformidad que impone el liceo, estrategias tales como los ‘rayados’ en los baños, los distintivos utilizados para mostrar diferencias entre los propios alumnos, lenguajes, peinados, marcas de ropa y la indisciplina individual y colectiva en la sala de clases.

Desde allí se propuso trabajar desde la hipótesis de que “La formación de los estudiantes en ese contexto, la permanencia de ellos en el sistema y el mejoramiento de sus procesos académicos, solo puede ocurrir si se reconoce la diversidad cultural que convive en la escuela. Su invisibilización castra su crecimiento y genera la resistencia y exclusión..”

La experiencia y las lecciones.

Es con lo anterior que se diseña la estrategia para la experiencia piloto que interviene a través de algunos dispositivos especiales en cada establecimiento; ellos son un equipo animador, la voluntad de apertura y espacios de reunión entre directivos y familias.

La resistencia de la cultura escolar a abrir los liceos y las mentalidades docentes, no se hizo esperar, ante lo cual se promovió una estrategia de diálogo y actividades de tiempo libre y recreación, en las que fueron incluidos primero los padres, y luego los jóvenes que estaban en la localidad pero no escolarizados.

Desde allí los ritmos fueron más pertinentes a “lo escolar”, y estos actores fueron aceptando, muy lentamente la necesidad de apertura y confianza. Allí la ASC aportó con estrategias de organización, de diálogo, de trabajo en equipo, de recreación y alianzas.

Los resultados fueron diversos, mayor y menor apertura, resultados en el ámbito educativo formal, en las rutinas escolares y principalmente en las relaciones interpersonales e interestamentales. La comunidad tardó mucho en entrar al establecimiento, pese a lo cual la metodología de trabajo resultó ser evaluada como adecuada y pertinente a esa realidad y a ese tipo de tarea.

Como conclusión, debemos y podemos decir que la ASC fue y puede ser, un aporte para que la escuela logre transformarse o encaminarse a convertirse en un espacio abierto y

acogedor de toda la diversidad de personas que llegan al sistema, a los que debe formar a partir del reconocimiento de su diversidad cultural y social.

Bibliografía.

(1) UNESCO, 1982: Declaración de México.

(2) Viché, Mario (1999); Una pedagogía de la cultura, la animación sociocultural; Certeza; Zaragoza.